

Reseña del libro *El Caribe precolombino. Fray Ramón Pané y el universo taíno**

Eduard ALEXANDRENKOV

Instituto de Etnología y Antropología, Academia de Ciencias de Rusia, Rusia.

El libro reseñado presenta una exposición de objetos indígenas de las Antillas, correlacionados con el texto de Ramón Pané, y está dedicado a la memoria del investigador cubano José Juan Arrom (1910-2007) “pionero en el estudio del arte precolombino del Caribe y gran conocedor de la obra de fray Ramón Pané” (p. 18). Hay palabras introductorias del Ministro de Cultura de España, del alcalde de Barcelona y del Presidente de la Fundación Caixa Galicia, los cuales subrayan, justamente, la importancia de la obra de Pané y del propio libro. Los artículos investigativos son los siguientes: “El Descubrimiento: Cristóbal Colón y el segundo viaje a las Indias” de J.P. Barbier-Mueller (pp. 22-33); “Fray Ramón Pané, primicia de América” de J. Aymar i Ragolta (pp.34-55); “La Española a la llegada de Ramón Pané” de C. Varela y J. Gil (pp. 56-71); “Tiempos difíciles: Fray Ramón Pané en la Española, 1494-1498” de J. R. Oliver (pp. 72-95); “El universo material y espiritual de los taínos” del mismo autor (pp. 136-201); “Colecciones españolas del Caribe, viajes científicos e inicio de la arqueología en las Antillas (siglos XVIII y XIX)” de P. Cabello Carro (pp. 202-221) y “Colecciones caribeñas: culturas curiosas y culturas de curiosidades” de C. McEwan (pp. 222-245). Una parte importante del libro son excelentes láminas en colores (pp. 97-135) y no menos magníficas ilustraciones de varios géneros diseminadas por el libro. Hay también un “Catálogo de obra” ilustrado (pp. 247-261), texto de la relación de Pané (pp. 262-275), glosario de palabras indígenas (pp. 276-277) y bibliografía (p. 277-285).

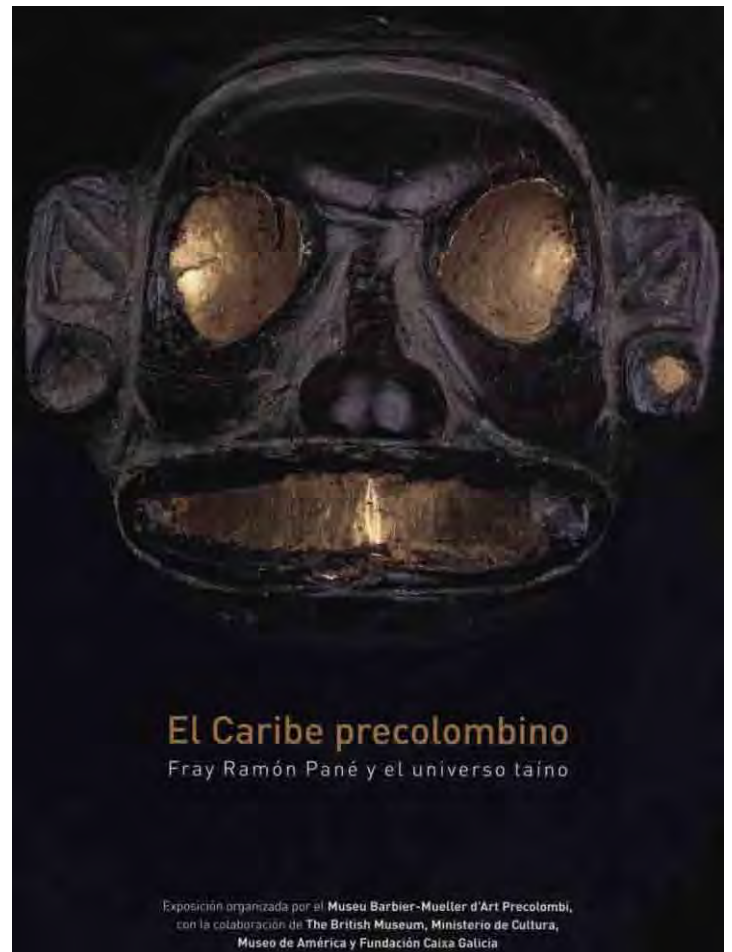


FIG. 1. Portada del libro *El Caribe precolombino. Fray Ramón Pané y el universo taíno*

Como se ve, en el libro se tocan aspectos muy variados tanto de la vida del ermitaño como del mundo indígena que él vio en La Española. Voy a tratar algunos de ellos que más llamaron mi atención.

El tema principal del libro, Pané y el mundo indígena, se desarrolla mayormente en dos artículos de Oliver. El artículo de P. Cabello Carro describe la formación de las colecciones aborígenes antillanas en España; una buena

* Estoy muy agradecido a la arqueóloga española María Isabel Martínez Navarrete por el obsequio de este libro.

parte del texto está dedicada a los trabajos de M. Rodríguez Ferrer en Cuba. C. McEwan analiza varias listas de objetos indígenas en documentos españoles del siglo XVI así como la formación de la colección antillana del Museo Británico.

Oliver, como varios otros investigadores, es partidario de que la mayoría de los materiales Pané los recogió estando en tierra de un cacique de Haití (La Española), Guarionex, desde abril de 1495 a fines de 1497 o principios de 1498. Escribe con razón que “la cultura tradicionalmente conocida como taína” no correspondía a un solo “pueblo taíno”, sino que “existía una pluralidad de sociedades”. Pero inesperadamente afirma que los portadores de esta cultura que no constituían un pueblo taíno, “estaban continuamente negociando y redefiniendo su tainidad, es decir la forma de identificarse a sí mismo y a los demás” (pp. 145-146). Al tiempo de aparecer los europeos en las Antillas, los habitantes de las islas mayores no tenían una autoconciencia común, juzgando por varios factores, entre ellos la ausencia de una autodenominación común. La palabra “taíno” para nombrar a la mayoría de los habitantes de La Española en tiempos de Colón es una denominación muy convencional y, diría, arbitraria. No conozco ningún documento que mencione esta palabra como nombre de un grupo de personas cual pudiera ser considerado como una etnia.

Oliver afirma que los cambios importantes en las culturas del Caribe entre 500 y 900 d.C. dieron lugar al surgimiento de las sociedades estratificadas en Antillas Mayores (p. 149). Aclara el desarrollo, relacionado con estos cambios, de los centros ceremoniales y divisa en estos últimos dos tradiciones: una, más temprana en sus orígenes, la de Islas Vírgenes, Puerto Rico y parte sur-oriental de La Española, y otra en el resto de esta última (sus portadores son llamados tainos “clásicos”, por Oliver). En la primera área las ceremonias se efectuaban en los espacios marcados por imágenes de las deidades (cemí) hechos en monolitos, en la otra, con espacios extensos para los ritos —no se levantaban los monolitos— y los

participantes de los ritos centraban su atención en el cacique que portaba o sostenía, piensa Oliver, los cemíes (pp. 157-158).

Oliver analiza los objetos de piedra muy discutidos en la arqueología antillana, tales como trigonolitos, cabezas de tipo macorí y anillos (o collares). Sigue la tradición de relacionar los hallazgos arqueológicos de los cráneos humanos (y de sus imitaciones en piedra) con la veneración de los antepasados (p. 161). Mas hay que tener en cuenta que se guardaban también los huesos de los descendientes, como en el caso del hijo de Yaya, según Pané, y las cabezas de los enemigos, como se sabe de la literatura etnográfica.

Me pareció interesante el intento permanente de Oliver de revelar la natura doble de imágenes aborígenes, una evidente y otra encubierta (p. 164 y otros). En la parte denominada “Animismo y multinaturalismo. Personas e íconos” Oliver expone su punto de vista sobre el arte aborígen, que es reflejo de la visión del mundo, donde, afirma Oliver, no existía la dicotomía entre la naturaleza y la cultura (p. 167). Una de las características del arte indígena, según Oliver, es que las relaciones entre diferentes partes del objeto presentado se establecen como pares de los elementos opuestos (p. 168). Oliver expone varios ejemplos que certifican su afirmación.

En base al estudio de una figurilla que sirvió de conjugación de tres partes del instrumento para inhalar el polvo alucinógeno, Oliver argumenta la inversión de esta sustancia en el pensamiento mítico aborígen (se “come” por el ano y se excreta por la cabeza o por los pies). La inversión semejante la encuentra Oliver en el rito de purificación por medio del vómito, donde “el “excremento divino” será el alimento para el alma y el espíritu humanos” (pp. 181-182).

Oliver investiga las relaciones entre los caciques y sus deidades y las caracteriza como “tensas”. Analiza varios objetos indígenas que él genéricamente califica como ídolos. Empieza por trigonolitos, siendo partidario de la opinión que sus orígenes “están relacionados con las

nociones del paisaje sagrado: las isla volcánicas vistas en el horizonte por los remeros de las canoas...” (p. 186). Da su interpretación de las figuras de madera de Jamaica que se encuentran en el Museo Británico: “el solemne Señor-espíritu-pájaro”, “el hombre alto”, el hombre bajo”, “el esposo-pájaro y la esposa-tortuga”. Las relaciona con el texto de Pané y encuentra paralelos con personajes de los mitos indígenas de América del Sur (pp.190-193). Otro grupo de objetos descritos por Oliver, aros líticos y piedras acodadas, son definidos como los más difíciles para su interpretación en todo el Caribe, porque son muy pocos encontrados en los contextos arqueológicos precisos (p. 194). Oliver convence que “el aro lítico compuesto con el trigonolito es uno de los objetos iconográficamente más complejos del Caribe” (p. 195). De una amplia lista de funciones de estos objetos supuestas por sus antecesores, Oliver se inclina a que fueron emblemas de los caciques (p. 196).

Desde mi punto de vista, en algunas consideraciones de Oliver se presentan opiniones que provienen de sus ideas generales sobre tal o cual materia y que no tienen confirmación directa en los escritos de Pané. Claro, se puede suponer algo basándose en el material arqueológico y datos etnográficos. Expresando tal o cual idea Oliver con frecuencia cita a sus trabajos, donde, puede ser, se hayan desenvuelto las pruebas. Pero hace falta que en este mismo lugar también se quede claro todo y de esa manera las dudas no surjan al lector.

Según Oliver, los aborígenes antillanos ponían el oro o guanines en lugares de “importancia simbólica” (que unen el interior encubierto con el mundo visible). Ese oro puede considerarse “el medio que permite acceder al mundo sobrenatural, siempre un mundo de oscuridad”. De acuerdo con Oliver, lo negro es ausencia del color y simboliza el mundo de los espíritus y antepasados (pp. 172-173). Se pueden presentar varias objeciones a tal afirmación. Primera, nada de eso hay en el texto de Pané. Mas: muchas sociedades amazónicas, de donde a fin de cuentas provenían los agricultores antillanos, no dividían

el mundo que los rodeaba en natural y sobrenatural. Se sabe también que en muchas sociedades aborígenes se pensó que los muertos “merecidos” vivían en lugares buenos, parecidos a los de la tierra.

Afirma Oliver que, según la relación de Pané, “los tainos asociaban la sangre y el agua con el principio femenino de fecundidad, mientras que el líquido seminal masculino estaba representado por los huesos”. Se refiere a uno de sus trabajos y a los capítulos 8 y 9 de la “Relación” de Pané (p. 173, nota 56). En el texto indicado de Pané no hay nada directamente expuesto, parecido a esta afirmación. Si sobre el agua y los huesos se puede conjeturar algo, la palabra “sangre” ni se menciona en estos capítulos.

En el análisis del rito de la cohoba se afirma, que “las cuevas, casas y receptáculos de carcasa dura, como la fruta de higüero... o los caparazones de las hicoteas o tortugas de agua dulce, eran concebidos por los tainos como úteros cósmicos” (p. 180) Nada de eso hay en el texto de Pané y sí en la literatura etnográfica sobre otros indígenas.

En el catalogo de láminas se afirma que los murciélagos representan, en los mitos tainos, el alma de los muertos (opía) (p. 250, Nº 12). En el texto de Pané no lo hay.

En el texto de Oliver aparecen algunos descuidos inexplicables. Escribe Oliver que uno de los cemíes, Opiyelguobirán, “se encargaba de que al amanecer las almas de los muertos que vagaban por el bosque volvieran a Coabay o Coabey”, la isla en la que los espíritus de los muertos vivían...”. No hay tal función del cemí nombrado en el texto de Pané. Y en cuanto a “la isla”, el texto de Pané dice: “se encuentra a un lado de la isla, que se llama Soraya” (“la isla” en este caso La Española) (p. 183-184; p. 267). Citando a Pané, Oliver incluye la palabra “líderes”, siendo “principales” en el texto de Pané (p. 89, 274). Dice que el gemelo mayor (de los cuatro hermanos míticos) inhaló el polvo (p. 165), y Pané no escribe eso.

Unas observaciones menores. Me sorprendió “concha de crustáceos” como la materia prima usada por aboríge-

nes (pp. 175, 180, 227, 240). En el libro se expone un objeto que representa un ave agarrando la cabeza humana y que se define como “colgante” (p. 147, fig. 9b en p.149; un objeto parecido en la fig. 10, p. 241, N. 16 en p. 251). Pero, en una parte la figura tiene un corte, que hace suponer que se fijaba a algo sólido por unos hilos (cordel-les?). ¿No podía ser un gancho de lanzadardos? (Figueredo 2010).

Es útil y bastante amplia la lista bibliográfica. Lamentablemente, hay una infracción de secuencia en ella en las páginas 282-283 y en 284; no aparecen algunos trabajos, presentes en las notas.

En tan interesante edición evidentemente falta un artículo sobre los problemas de la reconstrucción de los nombres propios indígenas conservados por Pané. Estos, al par de los objetos arqueológicos, merecen un estudio escrupuloso. Las interpretaciones de J. J. Arrom, quien no fue especialista en lenguas arahuacas, no siempre son aceptables, aunque se han convertido casi en un modelo.

Para tal análisis es imprescindible un conocedor moderno de lenguas arahuacas.

Referencias:

FIGUEREDO, A. E. (2010), “Nota ilustrada sobre los gan- chos de tiradera en la arqueología de Cuba”. *Cuba Arqueológica*, Año III, num. 1: 36-43.

El Caribe precolombino. Fray Ramón Pané y el uni- verso taíno. Editores: José R. Oliver [editor principal], Colin McEvan, Anna Casas Gilberga. Exposición orga- nizada por el Museu Barbier-Mueller d'Art Precolombí, con la colaboración de The British Museum, Ministerio de Cultura, Museo de América y Fundación Caixa Gali- cia. Ministerio de Cultura. Comgrafic S.A. [Barcelona], 2008.